

La farmacia del siglo XVIII

Una terapéutica barroca

Durante el siglo XVIII la terapéutica no es única, sino un conjunto de diferentes tendencias muchas veces incompatibles entre sí. Eclecticismo, empirismo, dogmatismo, galenismo, yatroquimismo, farmacia popular, pugnan por imponerse sin conseguirlo. La homeopatía se une a tan abigarrado escenario y proliferan terapéuticas heterodoxas: el agua de alquitrán como panacea, el agua y la música.

Las opciones terapéuticas del siglo XVIII configuran un escenario abierto, en el que se acumulan y en ocasiones se mezclan remedios procedentes de diversas concepciones del organismo humano y del medicamento. La época es pródiga en polémicas y controversias: dogmáticos contra empiristas, teóricos frente a escépticos, galenistas en oposición a los yatroquímicos, naturistas contra los partidarios de que el médico realice una intervención enérgica, aunque violenta a la naturaleza del enfermo, remedios oficiales y académicos, y frente a ellos la farmacia barata, doméstica y popular, con sus remedios caseros. Es una terapéutica como corresponde a su época, barroca y recargada, generosa en teorías, disputas, controversias y remedios. Los galenistas y los yatroquímicos protagonizaron el principal enfrentamiento, el de mayor calado ideológico, pero hubo otras muchas polémicas. Berkeley, desde posiciones tardoalquímicas, propone zanjar la polémica de su siglo y afirma que el agua de alquitrán es la panacea, el medicamento que lo cura todo puri-

JUAN ESTEVA DE SAGRERA

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA FARMACIA. FACULTAD DE FARMACIA. UNIVERSIDAD DE BARCELONA.



ficando y redimiendo la naturaleza del hombre. Vicente Pérez pone en escena otra panacea, el agua, y tan humilde compuesto se convierte en remedio tan universal como económico. No falta quien propugne el escepticismo terapéutico, afirmando que es mejor no hacer nada puesto que nada puede hacerse. Sigue en boga, como lo atestigua la obra del P. Rodríguez, una terapéutica alternativa, nada menos que la música como medicamento. No faltan los agrios enfrentamientos entre profesionales, en una especie de todos contra todos: médicos contra cirujanos, químicos, boticarios y destiladores, a quienes consideran insuficientemente capacitados por no haber cursado los estudios universitarios propios de los médicos; profesionales de la medicina contra aficionados al arte de curar, como Vicente Pérez, Berkeley, Feijoo y Antónimo Joseph Rodríguez.

El siglo XIX realizará un importante trabajo de ordenación y simplificación, procederá a expurgar material inútil y a simplificar la terapéutica, como se aprecia en las elegantes farmacopeas de finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Con la vacuna antivariólica de Jenner, los antisépticos, analgésicos, anestésicos, alcaloides y quimioterápicos, la farmacia deja de ser barroca, abigarrada, y se hace racional y científica, más segura y eficaz, aunque también más aburrida, privada de las aportaciones de autores que idearon atrevidas teorías y defendieron el uso de remedios singulares. Para que el siglo XVIII alcance las cimas del barroquismo terapéutico, Samuel Hahneman rompe con la cura por contrarios y propone un nuevo sistema farmacológico, basado en la cura por similares y el uso de sustancias que producen los mismos síntomas que se combaten, pro empleadas a dosis infinitesimales. La culminación del barroquismo terapéutico en un siglo que no decepcionará a quien busque la mezcla de la sensatez con la más radical de las extravagancias..

El agua de alquitrán de Berkeley

Georges Berkeley fue un importante filósofo que se opuso al racionalismo abstracto de los matemáticos y físicos de su época. Escribió un texto desconcertante si se tiene en cuenta que era uno de los más relevantes filósofos de su tiempo: *Siris. Cadena de reflexiones filosóficas y de investigaciones concernientes a las virtudes del agua de alquitrán y otros diversos temas relacionados unos con otros y naciendo unos de otros*. Se trata, como su nombre indica, un estudio de las posibilidades terapéuticas del agua de alquitrán, que para Berkeley es una panacea material y espiritual.

Berkeley era obispo de Cloyne, población del sur de Irlanda, cuando en 1740 se produjo una hambruna seguida de una epidemia de disentería, que generó una gran mortandad agravada por una notable escasez de médicos. Los pobres acudían a pedir consejo y asistencia a los religiosos, que les ayudaban como podían, sin ningún resultado. Berkeley había tenido noticias del

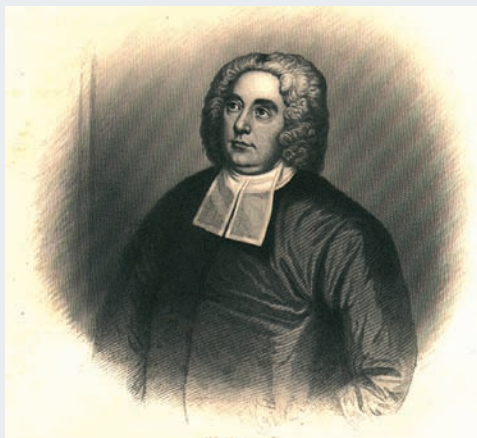
Orfeo y la música

Orfeo era hijo de Apolo y de la musa Calíope, de los que heredó el don de la música y la poesía. Cuando tocaba su lira, los hombres se reunían para oírlo y hacer descansar su alma. Así enamoró a la bella Eurídice y logró dormir al terrible can Cerbero, cuando bajó al Hades para resucitarla. Eurídice, mientras huía de Aristeo, fue mordida por una serpiente y murió. En las orillas del río Estrimón, Orfeo se lamentaba amargamente por la pérdida de Eurídice. Conternado, tocó canciones tan tristes y cantó tan lastimeramente, que todas las ninfas y dioses lloraron y le aconsejaron. Orfeo descendió al mundo inferior y con su música ablandó el corazón de Hades y Perséfone, que permitieron a Eurídice retornar con él a la tierra. Pero se incluyó la condición de que él debía caminar delante de ella, y de que no debía mirar hacia atrás hasta que hubiera alcanzado el mundo superior y los rayos de sol bañasen a Eurídice. En su ansiedad, Orfeo rompió su promesa y se giró para comprobar si ella seguía allí, y Eurídice se desvaneció delante de sus ojos.

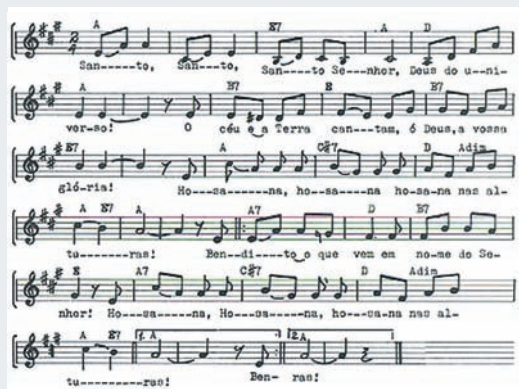
Al final de su vida, Orfeo desdeñó el culto a todos los dioses excepto al sol Apolo. Según cuenta Ovidio en el libro X de *Metamorfosis*, Orfeo, quejándose de la crueldad de los dioses, se retiró al alto Ródope y al Hemo. Una mañana ascendió el monte Pangaeo, donde había un oráculo de Dioniso, para saludar a su dios al amanecer, pero fue despedazado por las ménades tracias por no honrar a su anterior patrón, Dioniso. Otras versiones dicen que Orfeo regresó destrozado a su pueblo, donde los habitantes le pidieron que tocara sus hermosas melodías; Orfeo empezó a golpear su lira con una piedra, provocando un ruido tan horrendo que todo a su alrededor se marchitaba y el pueblo lo asesinó. ■



Muerte de Orfeo (1494). Grabado de Alberto Durero. Kunsthalle. Hamburgo.



El filósofo Georges Berkeley estuvo muy interesado por los efectos terapéuticos del agua de alquitrán.



Partitura de un canto litúrgico con ritmo de tarantela.



La ineficacia de los medicamentos en el siglo XVIII favoreció el desarrollo de las aguas medicinales, que alcanzaron su punto álgido en los dos siglos siguientes.

empleo, con éxito aparente, de una infusión de brea contra la viruela y decidió probarla él mismo y, a la vista de sus buenos resultados, recomendarla a los lugareños.

En 1744, Berkeley publicó en Londres el libro sobre el agua de alquitrán: *Philosophical Reflexions and Inquiries Concerning the Virtues of Tar Water, and Divers other Subjects Connected Together and Arising One from Another*. El éxito le indujo a publicar pocas semanas después una segunda edición, con el título de *Siris*, de la que se hicieron durante el mismo año 6 reimpresiones, 2 en Dublín y 4 en Londres. Algunos meses después publicó un folleto de 32 páginas en el que precisaba algunos puntos que hacían referencia al agua de brea y su utilidad terapéutica. Todavía sobre el mismo tema escribió unas *Cartas* en 1744, 1746 y 1747, y en 1752, un año antes de su muerte, publicó su última aportación sobre el agua de alquitrán. No fue, en consecuencia, una anécdota, sino una referencia constante durante una década.

Siris es una obra atípica en los textos de farmacia de su tiempo, porque no es propiamente un texto farmacéutico, sino que deriva hacia la farmacia a partir de la filosofía de su autor. De los 368 párrafos en los que Berkeley dividió su obra, más de la mitad son reflexiones filosóficas y metafísicas sobre la naturaleza, el alma y la divinidad. La consulta del texto se facilita con el auxilio de una *Tabla de materias* escrita por el propio autor.

Berkeley enumera las múltiples virtudes del agua de alquitrán: contra la gota y las fiebres, es un poderoso antiséptico para los dientes y las encías, está particularmente aconsejada para los marinos, las damas y los hombres de estudio que llevan una vida sedentaria, preserva los árboles de las mordeduras de cabras y de otros estragos, es antitusígeno mezclado con miel, su resina es eficaz contra los flujos de sangre, lo recomienda a los viñadores para el cuidado de sus viñas, cura las enfermedades afectadas de un aliento pestilencial... Además, propone un nuevo método de elaboración, que asegura una concentración constante y una impregnación uniforme del agua por la brea, lo que se detecta por el olor y el sabor, de modo que debe percibirse muy claramente un *espíritu* al beber el agua. El método de elaboración propugnado por Berkeley consiste en verter un galón de agua fría sobre un cuarto de alquitrán, remover y mezclar enérgicamente con una cuchara o bastón de madera 3-4 min y dejar reposar durante 48 h, separando entonces el agua, que se conservará cubierta.

Berkeley se basa en una concepción unitaria de la naturaleza en la que todas sus partes se relacionan por la acción del *fuego puro* o *espíritu sutil* que penetra en los animales y vegetales. El olor y el sabor dependen de unas partículas especiales de luz o de fuego. Del fuego o éter se generan las propiedades específicas, como el sabor, el olor y las virtudes medicinales de las plantas.

Según su interpretación de la enfermedad, ésta es consecuencia de una disminución de las fuerzas del organismo. Los tónicos y los estimulantes producen estímulos suaves que desbloquean las obstrucciones que constituyen obstáculos a la circulación de los fluidos, pero su acción es insignificante comparada con la del agua de alquitrán, que reanima las fuerzas del corazón. Hay que prepararla de modo que se conserven al máximo las propiedades medicinales contenidas en el espíritu volátil y se facilite su penetración por todo el cuerpo y así llegue hasta los más finos capilares.

La utilización del agua de brea como panacea se vincula con las prácticas alquímicas. Durante siglos coexistió la farmacia oficial de



los galenistas, basada en la armonización de los componentes del cuerpo humano, con la farmacia alquímica, que se proponía la regeneración del organismo. Para ello no era preciso estudiar con detalle la farmacopea ni saber las características de cada planta; bastaba con descubrir una sustancia vinculada con el fuego y el espíritu, que introducida en el organismo lo liberase de las imperfecciones materiales y lo espiritualizase, desbloqueando la energía salutaria. Esta interpretación enlaza las prácticas alquímicas con la panacea de Berkeley.

El agua de alquitrán es un remedio universal, espiritualiza la materia y libera la luz y el fuego, es *fuego curativo*. La materia presenta múltiples enfermedades y la panacea espiritual de Berkeley, vinculada con el éter y con el fuego, permite recuperar la energía y la salud. El proyecto terapéutico de Berkeley complementa su obra filosófica y sus especulaciones sobre la construcción de ciudades ideales donde el hombre pudiera vivir en paz consigo mismo, con sus semejantes y con Dios.

Desde su refugio de Cloyne, Berkeley se propuso velar por la salud de sus fieles, y para ello no precisó ni de la ciencia médica ni de los costosos medicamentos de su época. Le bastó con el espíritu divino, condensado en el agua de alquitrán, que Berkeley consideraba que descendía del fuego y del espíritu. Desde su retiro, el anciano obispo y filósofo recordaba a los fieles la piadosa obra del Señor y les ofrecía un remedio barato, popular y universal, el agua de alquitrán. El enfermo podía prepararse él mismo el remedio que Dios había hecho descender desde el espíritu y el fuego hasta la panacea de Berkeley. Por gracia divina, la panacea se encuentra al alcance de la mano, en la resina de los abetos y de los pinos, y no en los anaqueles de las boticas.

Apología farmacéutica del agua

A finales del siglo XVIII había en España casi mil centros en los que miles de personas acudían a tomar las aguas con fines medicinales. Se editaron más de un centenar de estudios que describían las propiedades terapéuticas del agua de los diferentes balnearios. La ineficacia y peligrosidad de los medicamentos favoreció el desarrollo de los tratamientos hidrológicos y naturistas. En las polémicas sobre las virtudes curativas atribuidas al agua destacó Vicente Pérez, «el médico del agua», que escribió *El promotor de la salud de los hombres* (1752) y *El secreto a voces* (1753), obras en las que defendió el empleo del agua como medicamento. Vicente Pérez se propone divulgar el uso curativo del agua por su eficacia y porque los medicamentos oficiales son mucho más caros y no por ello más eficaces. Vicente Pérez se muestra contrario a los sistemas terapéuticos de su época y se declara partidario de la medicina basada en la experiencia, a la que se remite para sostener que los enfermos tratados con su método mejoran más que los tratados por los médicos. En *Razón de la obra*, explica que cuando fue médico de Pozoblanco de los Pedroches se desengañó de la eficacia de los medicamentos, pues comprobó su inutilidad

en la epidemia de 1737, decidiéndose a emplear como remedio universal el agua, lo que volvió a hacer en la epidemia que asoló Córdoba al año siguiente.

Sostiene que la curación es debida a la naturaleza, no a los medicamentos enérgicos, y proscribía las sangrías y los purgantes, sustituyéndolos por el agua, a la que considera remedio universal. Todas las enfermedades son curables, siempre que el organismo conserve la energía vital que le ha concedido la naturaleza: «*Toda enfermedad actual, por grave que sea, es tan fácil de curarse, como haya naturaleza en el doliente, que para que no se logre su curación es preciso que el Médico se ponga de parte de la enfermedad, i tire a desjarretar la Naturaleza agravando más el mal con las medicinas*».

El buen médico debe ser capaz de restaurar la salud mediante la potenciación del húmedo radical de la naturaleza, recetar pocos medicamentos y hacerlo sólo a partir de sus observaciones clínicas y no en función de las enseñanzas contenidas en los libros de medicina. Sostenía que las boticas están llenas de venenos, que se introdujeron en farmacia por el capricho y el engaño y a los que se atribuyen virtudes de las que carecen. Se opone a la polifarmacia y es partidario de emplear pocos medicamentos formados por el menor número posible de simples. Con cierta candidez, reconoce que no sabe cuál es la causa de que el agua sea un eficaz medicamento, pero sostiene hábilmente que lo mismo sucede con los demás remedios. En cualquier caso, para él, el agua es purgante, temperante, diluyente, dulcificante, nutriente, estomática, emética, diurética, sudorífica y cordial.

Entusiasta del agua, Vicente Pérez es enemigo de las sangrías, que considera nocivas porque debilitan al organismo y le privan de su más preciado tesoro, la sangre, y propone que los pintores no representen a la muerte con guadaña, sino con la lanceta de los sangradores: «*Salgan a mi defensa tantos ciegos, mancos i cojos; salgan a mi defensa quantos viven una muerte prolongada; salgan quantos viven sin ojos, sin pies, sin manos, sin salud, solo porque se dejaron sangrar*».

La música cura

Antonio Joseph Rodríguez, monje benedictino, defendió la meloterapia en *Yatro-phonia o Medicina Música*, incluido en su *Palestra Critico-Médica* (Zaragoza, 1744). Para defender sus puntos de vista, cita a prestigiosos autores que en su día defendieron la meloterapia: Pitágoras, Asclepiades de Bitina, Celso, Demócrito y Teofrasto. A finales del siglo XVIII, el médico español Francisco Javier Cid escribió dos obras sobre terapéutica musical: *Filosofía de la música* y *Tarantismo observado en España* y *Memorias para escribir la historia del insecto llamado tarántula, efectos de su veneno en el cuerpo humano y curación por la música*. Afirma que la música es el mejor remedio, puesto que tiene la propiedad de curar las enfermedades nerviosas, y enumera 35 casos de enfermos mordidos por tarántulas y su tratamiento musical. En dos láminas plegables reproduce 8 tocatas contra el tarantismo, con instrumentos como el violín, la flauta y la guitarra.

Tarantela, antídoto contra la tarántula

En la Europa medieval proliferaron las historias de picaduras ponzoñosas por arañas, a pesar de que en realidad el veneno de la tarántula (*Licosa tarentula*) sólo es mortal para los insectos que devora. Los síntomas que se atribuían a los mordiscos de esta araña peluda, de apenas 3 cm de longitud, eran insomnio, llantos, convulsiones, alucinaciones, alteraciones de la percepción del color y estados melancólicos, manifestaciones que podían acabar en un fatal desenlace. El conocido baile de San Vito, una afección nerviosa, también se atribuyó a la picadura de la tarántula.

Su nombre hace referencia a la ciudad de Tarento, en el sur de Italia. Los habitantes de esta localidad hacían bailar a los atarantados una danza frenética, llamada tarantela, para que se librasen del mal. Es una música muy rápida, al compás 3/8 o 6/8. Al ritmo que marcaban las castañuelas y el tambor, los envenenados danzaban frenéticamente hasta que caían exhaustos con las ropas empapadas de sudor.

En 1787, el doctor Javier Cid recogió numerosos testimonios de mordeduras y curaciones en todo el territorio español y la Junta Gubernamental de Medicina, en 1875, llegó a reconocer los poderes curativos de la tarantela y animaba a los músicos para que la hicieran sonar para beneficio de los atarantados. ■



En el siglo XVIII se publicaron varios tratados sobre el tarantismo que supuestamente causaba la picadura de la tarántula.

Para el padre Rodríguez, la música sirve contra el tarantismo, y también contra otras muchas enfermedades. Se basa en la teoría humoral, pues atribuye a la música la capacidad de actuar sobre los humores, modificándolos; por tanto, cumple la definición de Galeno según la cual «es medicamento cuanto es capaz de producir una modificación en el organismo». El sonido produce una alteración en el ambiente, llega al oído, se transmite al cerebro y de allí a los nervios: *«Sabido que mueve a nuestros órganos físicamente, sabemos, que debe mover a las demás fibras, y humores de nuestro cuerpo; porque todas las partes de el cuerpo son continuas con las raíces de los nervios, y parte de el cerebro. Luego, según todas las leyes de física, y Medicina, pueden ser medicamentos: porque el medicamento es aquel que puede alterar la naturaleza»*.

No tiene desperdicio la descripción que realiza del tratamiento musical en lo atarantados: *«Sucede comúnmente, estar el mordido postrado en tierra, ó en la cama, sin habla, los ojos cerrados, cubierto de sudor frío, sin movimiento alguno, y casi luchando con la muerte. Comienza el Músico a pulsar su instrumento, probando aquellas Sonatas, que comúnmente son el remedio de los tarantulados, pues no para todos convienen unas mismas Sonatas, ni aun unos mismos instrumentos y al punto que acierta con el propio, comienza el moribundo á mover los dedos de las manos y pies; después los demás miembros, y cabeza. Se levanta, como fuera de sí. Y aquel que un instante antes, ya por lo insensible, ya por una postración de fuerzas suma, solo pudiera moverse por milagro, comienza á bailar, y saltar furiosa pero concertadamente, por dos, y tres horas sin pararse»*.

En las postrimerías del siglo XVIII, un médico culto y experimentado como Thomas de Salazar no osó pronunciarse sobre si la música es útil o no lo es contra el tarantismo. En su *Tratado del uso de la quina* (Madrid, 1796), dice que la música tiene muchos partidarios pero también detracto-

res, y se muestra partidario de que se realizase un experimento para comprobar su eficacia, tocando una pieza musical a un atarantado para observar si mejora, cosa que Salazar, personalmente, dudaba. En cualquier caso, Salazar prefiere la quina, a la que dedica su tratado. Habrá que esperar al siglo XIX para que los médicos rechacen de forma definitiva la curiosa y extendida costumbre del tratamiento musical del tarantismo. Para el padre Rodríguez, en cambio, la música no sólo es útil contra el tarantismo, sino que llega a considerarla un remedio universal, una panacea útil contra todas las enfermedades: *«Pudiera esperarse que el remedio de la Música llegase a ser un casi universal remedio»*. A falta de tal condición, sostiene que la música cura las fiebres, estupores, dolores vehementes del estómago, palpitaciones del corazón, enajenaciones, delirios, manías, dolores artéticos y todos los que se deriven de un veneno coagulante.

La aspiración de disponer de una panacea, un remedio universal que simplifique la terapéutica y permita curar todas las enfermedades es una idea simplista e ingenua, que parte de un profundo desconocimiento del cuerpo humano, de las enfermedades y de la acción de los medicamentos. Nada puede curarlo todo, y sólo desde la ignorancia y la candidez puede postularse un remedio universal. Sin embargo, se trata de una idea muy extendida, que ha tenido muchos partidarios y que posiblemente responde al deseo de curarse, común a todos los enfermos. Es una terapéutica del deseo, un remedio utópico, una farmacia de la quimera. En el siglo XVIII no faltaron los partidarios de tal ensoñación: el agua, la música, el alquitrán, todo vale cuando se está enfermo, y al deseo de curar se une la ineffectividad de los médicos y el desengaño ante los medicamentos de los boticarios. ■